

ELIZALDE Y URIEN (35 escenas)

ESCENA N°

Entre mediados y fines de 1976, los militares sacaron a todos los presos políticos varones del penal de Villa Devoto y los trasladaron a la Unidad 9 de La Plata. El coronel Ramón Camps, jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires, esperó hasta el primer día hábil del nuevo año: el lunes 3 de enero, tropas de la policía rodearon la Unidad 9 con cascos y fusiles; los guardiacárceles se encargaron de patear a los presos y sacarles los libros. Y el coronel Camps lo explicó a la prensa:

-Se trata de una reclasificación de los subversivos detenidos.

Al día siguiente el diario *El Día* informaba que, en las afueras del penal, la policía había hecho una montaña con las pertenencias de los presos, incluidos los libros, y las quemó a la vista del público. Alberto Elizalde se lamentaba de no haber podido terminar *Civilización y Desarrollo*, del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro. Cuando se encontró solo, agobiado por el calor, en su celda del pabellón 2, se agarró una bronca de mil demonios: un preso sin libro se sentía mucho más preso. Y las horas en blanco lo obligaban a pensar una y mil veces en todos los peligros, los errores, los placeres que habían quedado tan tan lejos.

Para zafar, Alberto repasó mentalmente algunas categorías de Ribeiro sobre el destino de los modelos de desarrollo capitalista tardío: de pronto, se sentía brutalmente lúcido e imaginaba maneras de estimular el desarrollo industrial argentino o de resolver el problema de la tecnificación del agro y la propiedad de la tierra en la Argentina. Pero al mismo tiempo se preguntaba qué hacía en esa celda tan chica: el espacio no daba para más de tres pasos. Y, para colmo, la humedad, la falta de aire. Se puso a hacer flexiones de brazos y la bronca aflojó un poco. Recién al otro día, al salir al patio, se dio cuenta que la reclasificación era bastante prolija: en ese pabellón había 25 presos, todos del PRT, y en el pabellón de enfrente, el 1, todos eran cuadros montoneros. En los demás pabellones también los habían agrupado por organización, por nivel de compromiso o por sector político. Había sectores para los ex funcionarios del gobierno de Isabel, para los cuadros, los militantes de base y los simpatizantes. Y un pabellón para los presos que se habían dado vuelta: los "quebrados", los "buchones".

ESCENA N°

-¡Qué hacés, Negro! ¿Cómo andás? –dijo Elizalde.

En el recreo, Alberto se encontró con varios compañeros suyos que no había visto en mucho tiempo. Con los traslados de cárceles y cambios de pabellones, se encontraban y se desencontraban. Carlos Ponce de León,

el Negro, había caído también en el pabellón 2: ya hacía dos meses que estaba en la cárcel de La Plata, pero en otro pabellón.

-La veo fiero, hermano.

-¿Qué sabés, Negro?

-La semana pasada estábamos encerrados en las celdas y por los movimientos nos dimos cuenta que había entrado una visita pesada, se escuchaban las botas en el pasillo. De repente me abren la puerta y me lo encuentro a Camps con todos los galones. El tipo me dice '¿usted es Ponce de León?', le digo que sí; el tipo insiste '¿el que cayó en el comando de Sanidad del Ejército?'. Yo le digo que sí, y entonces el tipo me dice que yo soy irrecuperable, y que los irrecuperables íbamos a padecer como en el infierno. Antes de irse, el tipo me puso el dedo en el pecho, se sonrió y me dijo 'esto es una guerra, ustedes son enemigos de la Argentina. Se la buscaron'.

Caminaban por un patio muy chico con alambres de púas sobre los muros. Alberto pensó que ahora parecía un campo de concentración como los de las películas de nazis.

-¿Y que te parece, Negro? ¿Cómo viene la mano?

-Mirá, no hay que dejarse impresionar, pero la sensación que me dejó ese tipo es que si pueden nos boletean a todos. ¿Sabés que andan diciendo los guardias? Que a nuestros pabellones, el 1 y el 2, los milicos los llaman los pabellones de la muerte.

ESCENA Nº

Cuando Julio Urien reconoció las voces de los otros presos del pabellón 1 de la cárcel de La Plata pensó que estaba jodido. Lo habían trasladado desde Villa Devoto a mediados de 1976, pero la reclasificación de enero de 1977 lo puso en uno de los "pabellones de la muerte" del coronel Ramón Camps. Sus compañeros, Rufino Pirlles, Dardo Cabo, Ernesto Villanueva, Jorge Taiana, Francisco Gutiérrez, José Brontes, Horacio Crea, Horacio Rappaport, Eduardo Jozami, Ricardo Rodríguez Saá, Angel Georgiades y varios más, eran cuadros montoneros de mucho nivel. Eran unos veinte: Julio pensó que la selección estaba bien hecha, y que así los militares conseguían aislar a los militantes de base e intermedios de su conducción dentro de la cárcel.

Ser uno de ellos era casi un honor, pero también una amenaza fuerte: la muerte le podía llegar en cualquier momento. Julio pensó que era entonces, ante el mayor desafío, cuando tenía que asumir plenamente sus responsabilidades y demostrarse su valor. Y que lo importante era pasar esos primeros momentos del embate represivo. Tener paciencia, se decía: en esos casos, no había otra que tener paciencia.

Y decisión: en esos días se había enterado, a través de otro preso, de la muerte de Carlos Lebrón, y lo había golpeado mucho. Carlos caminaba

desarmado por una plaza del centro de Tucumán cuando se le acercaron cuatro o cinco hombres y lo balearon sin más. Después del primer sacudón, Julio pensó que Carlos Lebrón había sido el primer oficial de la Armada que moría luchando por la revolución y que eso, algún día, sería un ejemplo para otros.

ESCENA N°

-¿Qué hacés, Almirante? –dijo Dardo Cabo.

-Hola, Dardo, ¿cómo estás?

El recreo era corto y el patio chico, pero les hacía bien salir un rato, hablar con alguien. Unos días antes les habían sacado libros y revistas y los días de aislamiento se les hacían larguísimos.

-Jodido, che, como dijo el paisano: al pedo como harina que no se amasa y pan que no se vende. ¡Qué turros, apenas si nos dejaron la yerba y los cigarrillos! Acá se viene una brava, hermano.

Dardo Cabo sacó una sonrisa de dientes perfectos. Trataba de no perder la compostura, pese a las amenazas.

-Por ahora los tipos tienen margen; ya están matando presos en Córdoba, y los compañeros ya nos advirtieron que van a tratar de extenderlo a otras cárceles. Estos gorilas hijos de puta tienen el mismo libreto desde los bombardeos de Plaza de Mayo, desde los fusilamiento de José León Suárez.

En esos días, los presos de la cárcel de La Plata se enteraron de que en el Noreste también se estaba aplicando la "ley de fugas". En la madrugada del 13 de diciembre, un grupo del Ejército apoyado por la policía provincial sacó a diez presos de la cárcel de Resistencia para llevarlos al penal de Formosa. El traslado era extraño: la cárcel de Resistencia era una de las más seguras del país, y la de Formosa era muy precaria. Primero los torturaron durante horas en la Alcaidía de la policía de Resistencia; después se los llevaron. Y contaron que el convoy había sido interceptado en la ruta 11, a la altura de Margarita Belén, por "un grupo de delincuentes subversivos que pretendían liberar o eliminar a los presos, para evitar que hicieran declaraciones comprometedoras". Los diez presos murieron por bala y no hubo ningún herido: ni entre ellos, ni entre los supuestos asaltantes, ni entre los soldados y policías que sufrieron su ataque.

-Hermano, esto se está poniendo cada vez peor. No quiero ser lechuza, pero si esto sigue así acá nos van a terminar matando a todos.

ESCENA N°

El miércoles 5 de enero Julio Urien recibió la visita de su madre y le contó todo lo que pasaba. Ese día los familiares de los presos de los

pabellones de la muerte se enteraron de las amenazas y decidieron ir a ver obispos y jueces y hacer denuncias internacionales para tratar de impedir que mataran a sus hijos o esposos. Julio, como todos, pensaba que si la situación se difundía a los militares les iba a resultar más difícil fusilarlos. Los familiares solían juntarse, antes y después de las visitas, en el bar de enfrente del penal, para repartirse actividades y contarse las novedades, desde los traslados de cárcel o castigos en calabozos hasta la marcha de las comisiones de derechos humanos que habían empezado a funcionar últimamente.

Además de las denuncias, era útil recurrir a los contactos personales. Pero Susana Trotz de Urien estaba en problemas: Julio, su hijo mayor, estaba preso por montonero y su vida corría peligro. Facundo, el segundo, era teniente del Ejército bajo las órdenes del general Menéndez, con la sospecha de simpatizar con los Montoneros. Y el hermano de Susana era el coronel Ernesto Trotz, segundo del coronel Ramón Camps en la policía bonaerense: en noviembre, un conscripto montonero que le hacía de secretario dejó una bomba en su oficina, y le voló un brazo. Más de una vez la señora aprovechaba el mismo viaje a La Plata para visitar a su hijo Julio en la cárcel y a su hermano Ernesto en el hospital. Cuando recurrió a él para que ayudara al sobrino preso, el coronel le dijo que no estaba de acuerdo con algunas cosas que pasaban pero que no podía hacer nada por él.

De vuelta en su celda, Julio se sintió mejor. No tenía motivos para tranquilizarse pero, tras las visitas, los presos solían estar más aliviados. Prendió el calentador branmetal, llenó la pava de agua y se cebó unos mates. Caía el sol; no les dejaban tener reloj, pero debían ser las ocho. Julio se sobresaltó cuando oyó que el candado de la puerta de acceso al pabellón se abrió muy despacio: demasiada cautela. Esperó que no fuera nada. Un minuto después oyó las voces:

-Dardo Cabo, preparesé...

-Rufino Pirles, preparesé...

Julio pegó la oreja al resquicio que quedaba entre la puerta de la celda y el piso.

-¿Para qué es?

-Cabo, a dirección. El resto, silencio. ¡Al primero que habla lo mando al calabozo!

Julio sintió que se le hinchaba el cuello, que la sangre se le agolpaba en las sienes. Otros presos empezaron a golpear sus puertas, a preguntar qué pasaba. Julio pensó que la elección no era arbitraria: Dardo Cabo era un histórico dentro del peronismo y el Palometa Pirles formaba parte de la conducción montonera. Cabo y Pirles salieron caminando tranquilos, con la cabeza alta: los presos de los pabellones de la muerte habían acordado que, si no estaban seguros de que los fueran a matar, no harían escándalo: pensaban que cualquier pataleo los convertía en

unos "cachivaches". Y que tampoco lo harían aunque estuvieran seguros de que los llevaban a la muerte: en tal caso, habían decidido que lo mejor era salir serenos, con la actitud del militante que sabía que la muerte formaba parte de sus opciones. Y reservarse para gritar, si acaso, viva la patria o vivan los Montoneros en el momento final.

Julio tomó unos mates: se sentía ridículo agarrando con cuidado la pava, chupando despacio la bombilla. Al rato oyó más pasos, ruido de candados. Tuvo un momento de esperanza: quizás los traían de vuelta. Pero no: los guardias habían venido a llevarse lo que había en sus celdas.

ESCENA N°

Poco después, los guardias sacaron de sus calabozos a Angel Georgiades y Horacio Rappaport para que repartieran la cena. Cuando terminaron de distribuir el guiso, Angel le preguntó al celador:

-¿Nos puede informar dónde los llevaron a los compañeros?

-No. Yo no sé nada.

-Bueno, entonces, dígame al jefe de turno que, como delegado del pabellón, quiero una audiencia.

El oficial tardó unos minutos y se llevó a Angel Georgiades a una salita contigua:

-Vea, acá no quiero delegado ni tres carajos. Y usted sabe que está terminantemente prohibido meterse en cosas de los demás...

-Pero oficial, se acaban de llevar a los compañeros Cabo y Pirles...

-Yo te voy a dar a vos, compañeros; ¿de qué compañeros me hablás? ¡Ahora vas a aprender!

Dijo el oficial, y lo mandó al calabozo. A la mañana del día siguiente, en el recreo, la noticia corría como reguero de pólvora: unos minutos antes, Alberto Ivillierat, Taca, se había presentado en el patio de recreo del pabellón 6 con una sonrisa siniestra:

-Al fin los matamos a esos hijos de puta... No va a quedar ni uno para contarla, acá mandan los nacionalistas del Ejército, se acabó la escoria montonera.

Ivillierat era uno de los pocos presos que podía circular por los pasillos: en el nuevo esquema concebido por el coronel Camps, Ivillierat era el ejemplo del colaborador, el que armó el pabellón de los "buchones", el que ayudó a confeccionar las listas de los "irrecuperables". Hasta unos meses antes se presentaba como un peronista con historia: solía decir que él y Cabo eran los únicos que sabían lo que había sido la resistencia, los que habían mamado el peronismo de la calle; y que, en cambio, la mayoría de los montoneros eran pibes macanudos pero que conocían al peronismo sólo por los libros. Al día siguiente, uno de los presos que venía de ver a su abogado les confirmó la noticia: la versión oficial decía

que Cabo y Pirles habían muerto en un intento de fuga cuando eran trasladados a otra cárcel. El patio era un horno, el sol caía a pique y todos se juntaron en un círculo:

-...lo que me dijo el boga es que en vez de Rufino Pirles al Palometa le pusieron Rufino Uris.

Julio hizo una asociación rápida:

-¿Uris?

-Sí.

-Putá, el próximo soy yo: Uris es una mezcla de Urien con Pirles.

Dijo, sin mayores inflexiones. Poco después tuvo la confirmación de que su asociación no era una manía persecutoria: el sábado 15 de enero, a media mañana, antes del horario de visita, lo llevaron junto a Horacio Crea y Angel Georgiades al despacho del director del penal. El prefecto Dupuy no estaba: los que los recibieron tardaron segundos en esposarlos, vendarlos y ponerlos contra la pared. Entonces entró alguien que no se dejó ver:

-Ahora dentro de un rato ustedes van a volver al pabellón, y les avisan a todos que vamos a limpiar a tres de ustedes por cada hombre de las fuerzas militares o de seguridad que asesine la subversión acá en esta zona. ¿Quieren guerra sucia? Ahora van a saber lo que es desafiar al Ejército. Ya saben, eh. Ustedes encabezan la lista: son los próximos tres...

ESCENA Nº

De vuelta en su celda, Julio Urien no pudo tragar ni una cucharada del locro aguachento que le llevaron. Tenía que hacer algo, pronto, pero no tenía muchas opciones: era terrible tener que quedarse así, sin poder reaccionar, sabiendo que su muerte era cuestión de días. Esa tarde, en la visita, su madre escuchó su relato restregándose las manos y tratando de que no se le notara la desesperación.

-Vieja, traten de avisarle al juez que nos están amenazando.

-Tu padre ya habló con varios amigos de la Justicia y además presentó un recurso de amparo.

En desacuerdo con la situación y con la nueva Corte Suprema, Julio César Urien padre se había jubilado como camarista de la Justicia de la Capital poco después del golpe.

-Mamá, si podés llámalo a Harguindeguy...

Susana Trotz de Urien conocía al ministro del Interior, el general Albano Harguindeguy, desde que era chica. La señora le dijo que bueno, que no se preocupara, que ella lo iba a llamar. Y que las camisas nuevas y los libros que le traía eran los regalos de cumpleaños de sus hermanos.

-Bueno, Julito, cuidate mucho, hijo, todos estamos muy orgullosos de vos, de tu temple, de tu entrega. El viernes 21 todos vamos a tenerte

presente: ¡ya cumplís 27, nene! ¡Ay, lo que más quiero en el mundo es que los 28 los pases con nosotros! Voy a rezar mucho para que así sea.

ESCENA Nº

El miércoles 19 de enero de 1977 Alberto Elizalde tuvo visita: Delia Avilés, su madre, fue a verlo con Elide, la madre de Gabriel Debenedetti, el Tordito, que acababa de llegar de Santa Fe. Gabriel era el hermano de Osvaldo, el Tordo, que en ese momento estaba preso en Rawson. Delia estaba contenta de alojar a Elide en su casa:

-La pobre durmió en el sofá del living, pero mañana se va a ir a la casa de otra compañera.

La casa de Ensenada era chica y, además de Delia, estaban Felipe y Sofía, los hermanos de Alberto. Ese miércoles Delia le contó a Alberto que Cristina Constantini, su novia, que no veía desde hacía tres años, le iba a mandar una carta, que Sofía seguramente iría el domingo, el otro día de visita femenina, y que el sábado siguiente, Felipe iba a llevarle unos libros: novelas, que era lo único que les dejaban leer, si pasaban la censura. Le prometió *Amalia* de José Mármol y las *Vidas Paralelas* de Plutarco: los preferían bien largos, porque no tenían derecho a recibir más de tres por mes.

-Chau, querido. Cuidate.

Delia le dio un beso y un abrazo muy fuerte y se fue caminando despacio, con su venda elástica en la pierna derecha para atajar las várices.

Ese sábado Felipe Elizalde no fue a la visita. Alberto pensó que a lo mejor le habían cambiado el turno en el correo, donde trabajaba, o que quizás había tenido que hacer algún trámite. Pero sintió un dolor en la nuca: una puntada, algo que cada tanto le pasaba y no podía explicar.

ESCENA Nº

El domingo siguiente tampoco fue su hermana Sofía, ni su madre. Alberto Elizalde se quedó de nuevo sin visita, pero esta vez ya estaba preparado. Salió al patio, con el resto de los presos que no tenían visita. Eran los recreos más tristes. Alberto intentó una partida de ajedrez con el japonés Maeda, pero no podía concentrarse. Estaba pendiente del final de la visita, a ver qué le contaban. Cuando Gabriel Debenedetti entró al patio, Alberto le vio los ojos rojos. Gabriel lo agarró fuerte de los hombros:

-Cayeron a lo de tu mamá. Mi vieja fue a la casa y no contestaba nadie. Tocó a los vecinos y nadie decía nada, hasta que la señora de al lado le dijo que unos tipos habían llegado en varios autos, que no sabía a quiénes se llevaron pero que todo quedó patas para arriba.

De pronto, Alberto se escuchó gritando lo que nunca hubiera querido:

-¡La chuparon a mi vieja! ¡No tienen perdón! ¿Cómo se van a meter con mi vieja?

Sus compañeros trataban de tranquilizarlo sin llamar la atención. Alberto no podía parar de putear. Miraba las paredes, los alambres de púa, el pedacito de cielo y le parecía que todo era la creación de un gran hijo de puta. Odiaba. Odiaba mucho.

-¡Terminó el recreo!

Alberto se formó en la fila. Trataba de pensar que quizás había sacado una conclusión apresurada, que quizás pronto tuviera otras noticias. Caminaba sin darse cuenta: un autómatas lleno de bronca y de tristeza. De vuelta en su celda se sintió afiebrado. Era fiebre de odio. Se quedó sentado, con los ojos cerrados: ya estaba cayendo el sol. No debía haber pasado mucho tiempo y ahora venía la hora del recuento. Alberto lo sabía porque por los parlantes pasaban ese tema tan pegadizo, el de todos los días a la hora del recuento, con la voz de Roberto Carlos en castellano, que sonaba tan rara:

-Un día más,/ te agradezco, Señor,/ un día más.

Alberto no pudo dormir esa noche, ni muchas noches. Nunca más volvió a ver a Delia, ni a Felipe ni a Sofía. Delia había cumplido 59 años; Sofía tenía 25 -uno menos que Alberto- y Felipe, 23. Y no paraba de pensar que los habían llevado por su culpa. Aunque se repitiera que no era cierto, que la culpa era de esos milicos hijos de puta, que él no había hecho más que pelear por lo que creía correcto. El argumento era lógico, pero no siempre le servía. Unos días después, Alberto se enteró de que también también habían secuestrado a Cristina a la salida del hospital donde trabajaba. Cristina Constantini tenía 28 años. Mucho después, Alberto sabría que probablemente los llevaron al Pozo de Arana, esa comisaría de la policía de la Provincia convertida en campo de concentración. La misma donde él había estado en noviembre de 1971, la primera vez que fue preso.

Alberto no tuvo más visitas. Salvo una tía tucumana, hermana de su padre, que no sabía nada de esto, ya no le quedaba familia. Alberto siguió saliendo al patio pero no podía concentrarse para jugar al ajedrez y perdió el apetito. Estaba muy flaco.

ESCENA N°

Alberto Elizalde mejoró un poco cuando los presos del pabellón 2 fueron autorizados a vivir de a dos en sus celdas: Alberto se mudó a la celda de Rubén Jáuregui, el Puma. Unos meses atrás, una patota había secuestrado a su padre, su hermana, su cuñado y su sobrino de meses. Y también a su compañera, con quien había tenido una hija. Todos seguían desaparecidos.

Alberto y el Puma salían dos veces por semana a limpiar el pabellón y a repartir la comida al resto de sus compañeros del pabellón de la muerte. Todos sabían que a cualquiera le podía pasar lo mismo. Pero el Puma, de todos modos, era un optimista incurable:

-Siempre que llovió paró, hermano. No hay que aflojar.

ESCENA N°

El domingo 23 de enero de 1977, como todos los domingos, Julio escribió una carta denunciando su situación, con la idea de sacarla el martes, clandestinamente, a través de algún familiar. Afuera, los familiares harían copias y las difundirían como pudieran. Los presos se aferraban mucho al valor de esas cartas. El lunes, cuando salió al patio, Julio le dio su papel finito, escrito con letra minúscula, a José Brontes para que la agregara a los demás.

-Tomá, Pepe. Me parece que con el quilombo que están haciendo afuera, a éstos tipos se les va a ir acabando el margen...

-Sí, pero hay que estar preparados para todo. Y, de últimas, si nos van a matar, tenemos que saber morir enteros, sin quebrarnos, como verdaderos revolucionarios.

ESCENA N°

De vuelta en su celda, le golpearon la puerta.

-Urien, a dirección.

Julio quiso pensar que no era nada: debía ser el juez o la Cruz Roja. En la oficina del director lo esperaban varios guardiacárceles.

-¡Desvéstase!

Era la requisa de rutina. Lo revisaron, lo gastaron, le dijeron que volviera a vestirse. Apenas terminó, Julio sintió que lo agarraban entre tres: primero fue la capucha en la cabeza, después las esposas en las manos. Julio pensó que le había llegado el turno. Los militares lo agarraban sin violencia, casi con respeto. Quizás porque él también era grandote, fuerte, o porque sabían que era un combatiente montonero. A lo mejor, las vejaciones vendrían después, pensó. En ese momento lo que más le importaba era enfrentar la muerte con dignidad, ser valiente hasta el último momento. Un oficial ordenó que se lo llevaran: era un operativo del Ejército, a cargo del teniente coronel Oscar Villone y el mayor Lucio Ramírez. Pocos minutos después estaba en la caja de una pickup: boca abajo, esposado atrás, amordazado. Por un resquicio de la venda pudo ver que era una ambulancia del Ejército.

-Pero si no lo llama al Beto Alonso es un hijo de puta.

-No, sí lo llama, lo llama, vas a ver. Menotti puede ser que sea un poco raro, pero no es ningún boludo.

Los suboficiales hablaban de pavadas, como si no quisieran pensar que llevaban a un condenado a muerte. Cuando prendieron el motor, Julio escuchó:

-¿Y? ¿Ya vamos?

-No, pará, que falta uno...

Julio lamentó que fueran a matar a un compañero suyo, pero no pudo evitar un sentimiento optimista: a lo mejor entre dos conseguimos hacer algo para zafar. Al rato trajeron a Angel Georgiades.

ESCENA N°

La ambulancia arrancó y anduvo unos minutos. Cuando paró, Julio Urien supuso, por la poca distancia recorrida y los saludos que escuchó, que estaban en el Regimiento 7 de Infantería. Después la ambulancia siguió un trecho más, y se estacionó. Los dos militares que la manejaban se bajaron. Julio aguzó el oído: no oía nada, y pensó que estarían en un descampado, quizás en zona de instrucción. Intentaba soltarse las esposas, aflojarse la mordaza, hablar con Angel para buscar alguna forma de escaparse. Por momentos pensaba que nunca lo conseguiría y se llenaba de desasosiego, y volvía a intentarlo. Era mejor seguir tratando de hacer algo: la pura espera era terrible.

Parecía que habían pasado horas. Quizás ya fuera de noche. Julio, al fin, consiguió aflojarse la mordaza:

-Che, yo pude zafar una muñeca de las esposas, si nos llegan a bajar para fusilarnos acá tenemos que salir corriendo uno para cada lado.

-Sí, está bien, a mí me las ajustaron mucho y con el calor se me hincharon las manos, así que no puedo aflojarme nada, pero lo mismo puedo correr...

Julio trató de dormirse: pensó que lo mejor era descansar lo más posible para estar mejor cuando tuviera que actuar. Pero se despertaba todo el tiempo, sobresaltado. Al final oyó el ruido de la manija de la caja de la pickup, y se dispuso para el último intento. Lo bajaron a él solo.

-Vos sos Urien ¿no?

-Sí.

Los separaron: cada minuto que pasaba empeoraba su situación. Lo llevaron caminando hasta algún lugar: Julio, vendado, no sabía dónde estaba. Hacía tiempo que había aceptado la proximidad de su muerte: pensaba que los años que no llegase a vivir los apuraría en cada segundo que le quedara. Atado y vendado, tenía la mente despejada, llena de sensaciones hondas, de recuerdos. Se repetía una estrofa de un poema de Machado:

-“Amé, fui amado,/ el sol acarició mi faz./ Vida, nada me debes./ Vida, estamos en paz.”

Lástima que estos hijos de puta me van a matar, con todas las cosas que tengo para hacer todavía, pensó. A cada rato modificaba la frase que iba a decirles en el momento que lo maten.

-¡Vivan los montoneros, carajo!. ¡Soy montonero y ustedes son unos vendepatrias!. ¡Somos los mejores! ¡Ustedes matan a los mejores: están matando a la patria!

Pero después pensaba que era un discurso muy largo, que no iban a darle tiempo, que lo iban a llenar de plomo antes de decir la mitad. Entonces intentaba una frase breve:

-¡Soy militar y montonero, y ustedes son una mierda! ¡Tiren, cagones!

También se acordaba de la carta que había escrito el domingo, y se decía que por lo menos había dejado unas palabras escritas a sus compañeros. Le parecía fundamental que confiaran en él, que supieran que sería valiente hasta el último segundo:

ESCENA N°

-Quiero que los compañeros no me olviden, que se queden con mi recuerdo, que alguno de sus hijos se llame Julio César Urien, que quede la memoria de mi moral de lucha, de que morí luchando por lo más sagrado que puede querer un hombre: por una sociedad más justa.

Tenía sed, no podía moverse, sabía que lo debían tener controlado por todos lados y se acordaba de Rintintín: sobre todo cuando los indios rodeaban a los soldados y parecía que ya no tenían escapatoria, y el pibe de la serie le decía al ovejero ¡ahora, rintintín!, y el perro salía a todo pique y se colaba entre los indios y llegaba al cuartel y volvía con los refuerzos de caballería, al galope, con el clarín sonando. Cada tanto alguien le revisaba las ligaduras y la venda, para verificar que no pudiera moverse. Horas después, el oficial que lo había sacado de la ambulancia volvió a buscarlo y lo hizo parar y caminar. Lo estaba llevando de vuelta.

-Vos te vendiste, te pasaste al otro bando. Si fuera por mí ya te estaría sogueando, pero hay gente que piensa que sos recuperable.

El oficial lo tiró de nuevo en la camioneta, Georgiades lo saludó en voz muy baja. Pasaron varias horas; Julio se esperaba.

-Si llegamos a mañana vivos, cuando vayan los familiares a la visita, se va a armar un quilombo padre.

Suponía.

ESCENA N°

Cristian Urien, el hermano menor de Julio, llegó al penal a las dos de la tarde y se puso en la fila. Pero lo pararon en la puerta:

-Negativo, Julio Urien no figura en la unidad.

-¿Cómo que no figura?

-No, no está. ¡El siguiente!

-¡Qué siguiente, flaco! ¡Dónde mierda está mi hermano!

Cristian tenía 19 años y los modales de un rugbier del CASI: cuando uno de los guardias lo quiso agarrar se abalanzó sin pensar en las consecuencias. Poco después había varios oficiales disculpándose, diciéndole que ellos no sabían nada, que no podían informarle nada. Cristian les dijo que no se iba hasta que lo recibiera el director. Mientras le tramitaban la audiencia fue al bar de enfrente, pidió una coca cola y trató de sonsacar a los mozos. El cajero, vacilante, le dijo que no lo fuera a deschavar:

-Por favor, no me mandes en cana, pero ayer a la tarde entró una ambulancia del Ejército al penal, a lo mejor se lo llevaron ahí.

-¿Me presta el teléfono?

-Te tengo que cobrar la llamada.

-Mamá, es urgente. ¡Hagan algo, a Julio se lo llevaron en una ambulancia del Ejército!

Cristian volvió al penal y preguntó si ya podía ver al director:

-Sí, pase por acá, ya le concedió la audiencia.

El prefecto Dupuy lo esperaba con cuatro oficiales más.

-¿Dónde está mi hermano?

-Mire, joven, en primer lugar le voy a pedir compostura...

-¿De qué compostura me habla? ¡Yo no me voy de acá hasta que lo traiga a mi hermano!

Uno de los oficiales se le acercó y Cristian se paró para enfrentarlo, pero el otro lo apuntó con su ametralladora. En unos segundos lo habían puesto en la calle.

ESCENA N°

Mientras Cristian Urien se quedaba impotente en la puerta del penal, Susana Trotz de Urien llamaba a Harguideguy. Tras un par de intentos de demorarla, un secretario la comunicó con el ministro del Interior:

-Tengo que verte ahora mismo.

-¿No puede ser a la noche? Mejor llámame a casa más tarde.

-Te digo que ahora, en media hora estoy allá.

Harguideguy la hizo pasar a su despacho de la Casa Rosada y le pidió al secretario que le filtrara las llamadas.

-Salvo que sea el presidente, en los próximos diez minutos no atiende a nadie.

Ella se largó a llorar, y él la invitó a sentarse, muy amable.

-Quedate tranquila, Susana, lo único que te puedo decir es que no lo van a matar. Yo me voy a encargar personalmente de que a tu hijo no lo maten. Pero que quede bien claro: no lo hago por él, sino por tu familia.

ESCENA N°

Esa noche los militares sacaron a Julio y a Angel de la ambulancia y los llevaron caminando hasta un lugar cerrado, chico, con olor a moho. Allí les dieron un vaso de agua y los dejaron ir al baño. A la mañana apareció alguien que se identificó como oficial:

-¿Así que vos sos Urien? ¡Qué parientes tenés! En realidad, tenés que ser un gran hijo de puta, porque si estás acá y tenés esos parientes, debés ser el peor de los hijos de puta.

El oficial le dijo a Angel que se parara, que se lo llevaba. Julio pasó todo el día tirado en ese calabozo, encapuchado, atado y amordazado. A la mañana siguiente lo vinieron a buscar. Eran dos militares que se lo llevaron a los empujones hasta otra sala. Allí, un médico le hizo sacar la capucha pero no la venda, y lo revisó. Julio pensó que si no se la sacaban podía ser que, al final, no fueran a matarlo. Escuchó que el médico escribía un informe y decía que ya se lo podían llevar. Julio se ilusionó: si lo iban a matar, no valía la pena revisarlo y, además, ese era un trámite que solía hacerse cuando una institución le entregaba un prisionero a otra: como para deslindar responsabilidades y certificar que lo libraban en buen estado.

Los dos tipos lo sacaron del edificio y lo llevaron caminando unos cientos de metros. Después pararon. Se oía el motor de un camión. La orden llegó de cerca:

-A ése lo bajan y lo llevan con el otro... A éste me lo suben..

Julio escuchó unos pasos vacilantes, empujones, insultos y apenas un quejido amortiguado por la mordaza. Sin saber por qué, pensó que era Pepe Brontes.

Lo subieron al camión y lo colgaron por los pies del techo: Julio quedó boca abajo, con las manos esposadas atrás y la cabeza bamboleándose. Después notó que apagaban el motor y escuchó un sonido inconfundible: estaban haciendo una fogata.

-Me van a quemar, voy a ser un desaparecido, no va a quedar ni mi cuerpo. A lo mejor, mis cenizas las come un pájaro, o el viento las lleva hasta el mar. Voy a seguir viviendo en algún lado, estos hijos de puta no van a terminar conmigo.

Pensó, y después oyó que el motor arrancaba y el camión se ponía en marcha:

-Ahora voy a hacer algo. No me voy a rendir.

Julio tensó los músculos abdominales con la idea de llegar con las manos hasta los pies y, de alguna manera, desatarse, pasarse las esposas para adelante, abrir la puerta trasera y saltar a toda velocidad. Era su chance. No iba tan mal: había llegado con la cabeza hasta las rodillas, con la mano izquierda se tocaba los tobillos.

-No te muevas más, pelotudo, que te estamos vigilando...

La voz venía de muy cerca. Hasta ese momento, Julio no se había dado cuenta de que había alguien junto con él en la caja del camión.

-Hasta acá me controlan, estos cagones.

Pensó. El viaje fue muy largo: Julio tenía todo el tiempo la cabeza a punto de estallar.

ESCENA N°

Cuando el camión paró, alguien le soltó a Julio Urien el nudo de los pies y se cayó redondo al suelo. Lo llevaron hasta una celda, le sacaron la venda y lo dejaron solo. La celda estaba oscura, y el silencio absoluto lo aturdió. Pasaron horas. Finalmente, cuando se abrió la puerta, el guardia tenía uniforme de penitenciario.

-Salga a asearse. Rápido.

-¿Dónde estoy?

-En Sierra Chica.

Dos días después, antes de llevarlo al pabellón 1, el director del penal se acercó a hablarle.

-Mire, usted está vivo de milagro. Acá no lo van a joder más. El régimen no es de jardín de infantes, pero su vida no corre peligro.

ESCENA N°

Al día siguiente Julio Urien recibió la visita de su madre. Susana le dijo que había ido con la madre de Angel, que estaba esperando afuera:

-Quiere que le cuentes todo lo que sepas de su hijo.

Julio le dijo que los habían separado al segundo día y que, en el momento en que lo trasladaron para Sierra Chica, habían llevado a otro preso al regimiento.

-Me pareció que era Pepe Brontes.

-No, querido, Pepe está en La Plata, al que se llevaron fue a Horacio Rappaport.

El 1º de febrero la esposa de Horacio Rappaport recibió en su casa un radiograma del Ejército informándole que tenían el cadáver de su marido. Al día siguiente, la comunicación llegó a la casa de los Georgiades. Durante varios días, sus familiares fueron a las puertas del Comando en Jefe del Ejército y del Regimiento 7 de Infantería, a pedir información. Hasta que el coronel Roque Presti, jefe del regimiento y del grupo de tareas de esa subzona militar, les dio una explicación: según Presti, Rappaport había intentado fugarse del cuartel y Georgiades se había suicidado. El sábado 12 de febrero el Ejército entregó a las dos familias dos cajones cerrados, con la recomendación de no abrirlos, "para evitar la impresión". Pero no les hicieron caso y pudieron verificar

que los dos cuerpos tenían muchos signos de torturas y que Angel Georgiades, además, tenía un tajo que le partía el cuello de lado a lado.

ESCENA N°

-Señor juez ¿a usted le parece una simple coincidencia que estén matando a nuestros compañeros y a nuestros familiares? Yo quiero que tome nota que secuestraron a toda mi familia.

Dijo Alberto Elizalde, y el juez Rafael Sarmiento lo miró como quien no sabe de qué le están hablando. Sarmiento era juez federal y estaba a cargo de muchas causas de militantes presos que le habían mandado cartas pidiéndole por su seguridad, denunciando que su vida estaba en peligro. Esa tarde, en una oficina del penal, el juez los recibía en grupos de tres o cuatro. Pero no se hacía cargo de nada:

-Vea, para eso hay un principio que es el del juez natural. Usted tendrá que presentar el caso al juzgado federal de acá, de La Plata, no en el mío.

-Sí, pero ahora al que le puedo hablar es a usted. Y esto no es una cuestión de jurisdicciones, es cosa de vida o muerte. ¿Usted no me va a tomar la denuncia?

Alberto transpiraba bajo su ropa de preso de franela azul. Ese verano los guardias dijeron que el pañol de la cárcel no había recibido la partida de chaquetas y pantalones grises de verano. Alberto miraba la cara de la secretaria de Sarmiento, morocha y prolija, y le resultaba patética. La secretaria estaba roja: Alberto pensó que debía ser vergüenza. Pero igual se quedó callada cuando escuchó la respuesta de Sarmiento:

-Elizalde, dígame a sus abogados que se ocupen del tema. Usted tiene al doctor Broquen que es un excelente abogado y él seguramente podrá hacer algo. Yo vine a ver las condiciones en que están ustedes: veo que comen, que tienen atención médica y el director me dijo que les iban a dar los uniformes nuevos, porque con este calor no es justo que tengan que andar con lana, eso sí.

-Señor juez, el doctor Broquen no puede venir porque está enfermo. Además, usted sabe bien que si viene, como está el país, le pasaría lo mismo que los demás abogados que tuve: los mataron.

-Mire, que le quede claro, acá nadie les rompe las pelotas; los que corremos riesgos somos nosotros, con todas las bombas y los atentados terroristas que hay. Además, la vida suya y la del resto que están bajo mi juzgado, está garantizada. Al menos, mientras yo esté a cargo del juzgado. ¿Me entendió?

ESCENA N°

El Zurdo Suárez, el Galleguito García y Alberto Elizalde formaban la dirección del PRT del pabellón 2 de La Plata. Todos los presos del pabellón eran militantes del partido: la única tarea que no tenían

organizada era "política de alianzas" o "relación con otras organizaciones", como algunos la llamaban. El resto estaba prolijamente establecido: desde la administración de la cantina y la biblioteca hasta los trabajos de inteligencia y contrainteligencia. Hasta tenían un responsable de gimnasia, aunque les habían prohibido hacer deportes. La responsabilidad consistía en armarle a cada cual, según sus necesidades, una rutina de sentadillas, lagartijas o abdominales para hacerlas tarde a la noche o por la madrugada, cuando no había ningún penitenciario en el pabellón. Necesitaban tener el cuerpo duro para que las palizas les dolieran menos. Pero la gimnasia era, más que nada, una cuestión de disciplina: cumplir con los ejercicios era ganar una batalla. Los presos se pasaban unas veinte horas por día encerrados en celdas de uno veinte por dos y medio. En las dos horas del recreo de la mañana hacían sus reuniones de célula -para discutir línea política-; en las dos horas del recreo de la tarde se reunían las comisiones. Las células tenían tres integrantes; las comisiones, cuatro o cinco. Había comisión de biblioteca, de cursos, de visitas, de abogados, de limpieza, de circulación de revistas. La fundamental era la de economato: hacía las cuentas de cuánta plata le depositaban a cada preso para sumarla al pozo común. En general alcanzaba para lo básico: cigarrillos, yerba, azúcar y unas pocas delicadezas, como queso mar del plata y dulce de leche. Siempre tenían tareas. Y también tenían varias direcciones. Por encima de la dirección del pabellón -el Zurdo, el Galleguito y Alberto- estaba la dirección del penal, que eran otros tres o cuatro presos que estaban en el mismo pabellón pero que, además, tenían autoridad partidaria sobre las direcciones de otros pabellones: el Chaqueño Gómez, el Negro Ponce de León, el Tordito Debenedetti y el Chino Villanueva, en esos días. Que se comunicaban con el resto de los pabellones a través de caramelos -reellenos de papelitos-, por morse o hablando con las manos.

ESCENA Nº

Una tarde de enero de 1978, el Zurdo, el Galleguito y Alberto Elizalde caminaban por el patio, como todos: rápido, de una punta a la otra, con las manos agarradas a la espalda -por hábito- y al llegar a la pared se daban vuelta sobre los tacos sin perder ritmo. Tenían también la costumbre de respetar el temario. El Zurdo les transmitía información de la dirección del penal:

-Los compañeros de un pabellón del fondo mandaron un caramelo sobre un chupadero. La fuente es un facho que está con ellos; bah, no sé si será facho, uno que estaba con Calabró, pero que tiene buen comportamiento con los compañeros...

-¿Quién?

-Un tal Destéfano.

Juan Destéfano -iniciado en la UOM como chofer de Vandor- había colaborado con Victorio Calabro en la gobernación de Buenos Aires. Cuando Calabro se distanció de Lorenzo Miguel para aliarse con el general Videla, pactó algunas cosas: que él y algunos de sus compañeros no irían presos, que les entregaría a algunos miembros de las Tres A -para que los militares mostrasen que combatían la violencia de todo signo- y a otros que manejaban negocios paralelos a la función pública, para mostrar que castigaban a los funcionarios corruptos. Destéfano estaba entre estos últimos y fue a parar a la cárcel de La Plata. Tiempo después, los militares lo sacaron para llevarlo a un campo clandestino de tortura. En esos casos, la tortura era para obtener "botín de guerra": quedarse con la plata eventualmente malversada. Dos semanas después, cuando volvió del Pozo de Arana, a algunos kilómetros de La Plata, flaco y con la marca del espanto en la cara, contó lo que había visto a sus compañeros de pabellón. Y los presos del PRT mandaron a su dirección un informe escrito en un papelito. Esa tarde, el Zurdo hablaba bajo: no sólo por los guardias, sino porque el tema tenía cola:

-Los compañeros de la dirección no quieren que se difunda el informe entre los compañeros.

Alberto bajó un poco el ritmo de la marcha.

-¿Qué problema hay? Decís que es la fuente es un tipo de Calabro, y cada cual sabe a qué atenerse.

-Pero, ¿qué es lo que dice el informe? ¿Por qué tanto misterio?

-El tipo dice que vio cosas espantosas, que un día llevaron como a veinte militantes de un grupo llamado PROA y que los quemaron vivos ahí mismo, con gomas de camión.

-¡Qué pedazos de hijos de puta!

-Sí, pero además dice que aunque estaba encapuchado había algunos prisioneros que colaboraban, parece que los sacaban a marcar gente. Por eso dicen que el informe hay que tomarlo con pinzas y mejor que los compañeros no sepan, que por ahí es una maniobra de los servicios.

Alberto se indignó:

-¿Pero maniobra de qué?

-Y, hermano, para generar más terror; qué se yo. ¡Yo estoy en el medio!

-Mirá, los de la dirección siempre tienen esa actitud paternalista, que se creen que todo lo tienen que manejar con intrigas, con secretos. Para mí es claro, Si le ocultamos una información a los compañeros es que no les tenemos confianza. Están locos...

El Galleguito García lo interrumpió:

-Eh, pará. Si vamos al caso, estamos todos un poco locos, pero por culpa del enemigo.

-Sí pero, hay locos y locos: si los compañeros los eligieron para ejercer la dirección, es que les dan la confianza. Y si ellos en vez de devolver la confianza empiezan a ocultar...

El Galleguito García estaba de acuerdo, pero tenía un temperamento cordial.

-Bueno, tampoco caigamos en el subjetivismo, hermano. No son diferencias de fondo. Tenemos que dar la discusión y que los compañeros lo entiendan.

El Zurdo trató de zanjar:

-Bueno, yo voy a llevar nuestra posición: que se difunda el informe. ¿Estamos?

Pero las fricciones crecían: últimamente, ante cualquier discusión, todos se tildaban de locos. Por motivos distintos, pero siempre de locos. Las cosas se habían agravado desde mediados de 1977, cuando los presos perdieron contacto con el buró político del PRT. Ante la incertidumbre, algunos seguían hablando del partido y otros hablaban de la necesidad de disolver las estructuras. Eso generaba fuego cruzado: acusaciones de derrotismo y de esquematismo, entre otras tantas. Y usaban sus pocas horas de recreo para discutir, organizadamente, acerca de la necesidad de la organización. Alberto soñaba con organigramas, con designaciones, con documentos internos. Sospechaba, como muchos, que todo había terminado. Pero tampoco quería decirlo así, porque eso sonaba tremendo y sentía que tenía que estar firme, que con la discusión sobre la disolución -o dilución como la llamaban algunos- no se iba a terminar todo.

-Mirá, Zurdo, con eso de que tal cosa no, porque estamos en manos del enemigo, tal otra tampoco, porque estamos en manos del enemigo, algunos están viviendo al margen de la realidad. Llamale derrota, llamale retroceso, llamale como quieras, pero yo no estoy en nada de acuerdo.

Otros militantes replicaban a la dirección del penal de manera más categórica. Pedro Cazes Camarero, que recordaba pasajes completos de Isaac Deutscher -el biógrafo de Trotsky- se había tomado el trabajo de buscar analogías con las internas de los bolcheviques rusos y afirmaba que la dirección del penal del PRT era una camarilla burocrática stalinista enquistada en el seno del partido. Hubo quienes optaron por abandonar el funcionamiento partidario y les importó poco que otros dijeran que se trataba de una muestra de debilidad ideológica mientras se estaba en manos del enemigo.

Cuando se terminaba el recreo cada cual volvía a su celda y sobre todo a sus pensamientos. Alternaban literatura clásica con *El Tony*, *El Gráfico* y la música que salía de los parlantes del penal: tango y folklore. Lo más duro era cuando caía el sol y llegaba el recuento de la tarde: era difícil soportar tanto silencio.

ESCENA N°

El jueves 2 de febrero de 1978, después del recreo de la tarde, cuando todos los presos estaban encerrados, el celador golpeó las puertas de dos celdas:

-Carranza, con todo.

-Segalli, con todo.

Gonzalo Carranza y Guillermo Segalli pusieron en una manta lo poco que tenían. Como siempre, los podían llamar para un simple traslado de pabellón, o para matarlos. Carranza, que llevaba tres años preso, tenía una causa judicial en el juzgado federal 1 de la Capital, a cargo de Eduardo Marquardt: podía ser, incluso, que lo dejaran libre. Segalli, detenido después del golpe, estaba bajo consejo de guerra.

Al día siguiente los padres de Guillermo y la madre de Gonzalo fueron al penal a preguntar por sus hijos: la explicación del director, prefecto Abel Dupuy, fue que habían sido puestos en libertad junto con Miguel Domínguez, del pabellón 13. El prefecto Dupuy se lavó las manos cuando la madre de Gonzalo lo encaró:

-No se altere, señora, aquí está la constancia. Su hijo firmó la libertad. Se fue ayer de esta unidad. Seguramente estará por llegar a su casa, señora. O quizás lo hayan secuestrado los mismos subversivos. Tranquilícese, por favor.

La madre de Gonzalo había pasado una semana secuestrada en Campo de Mayo a fines de 1976, y no estaba dispuesta a callarse la boca:

-Mire, a mi hija y a mí nos tuvieron una semana vendadas, al lado nuestro había gente a la que torturaban y mataban... ¿Usted no sabe que en este país secuestran y asesinan gente?! ¡Yo no me voy de acá hasta que no me diga dónde lo mandaron a mi hijo!

El prefecto Dupuy no salió de su libreto. El mismo argumento esgrimió el juez Marquardt: estaba tan sorprendido de que Gonzalo Carranza nunca hubiese llegado a su casa.

ESCENA N°

Los sobresaltos de los Urien no habían terminado: en esos días el ex camarista Julio César Urien fue detenido y puesto a disposición del PEN. Su hijo Julio se enteró a través de Facundo, su hermano, que fue a visitarlo al penal de Sierra Chica. Facundo Urien era oficial de caballería y seguía destinado en el Tercer Cuerpo de Ejército, en Córdoba.

-Mirá, Julio, yo estaba en bolas, cuando me llaman de casa y me dice que al viejo lo habían ido a buscar, no sabía qué carajo hacer...

-¿Dónde lo llevaron a papá?

-A Caseros. Pero quedate tranquilo que está entero, el viejo tiene una fuerza bárbara. Te decía que cuando me enteré pedí autorización para

venir a Buenos Aires y todos en la familia me decían que me quedara tranquilo, que la vieja se estaba moviendo. A los días me manda llamar Harguindeguy y me dice: "mire, lo mandé llamar porque quería explicarle por qué detuve a su padre: lo detuve porque lo querían matar. Era mejor que yo lo tuviera a disposición del Poder Ejecutivo un tiempo, porque si no lo matan. Y con respecto a su hermano, yo lo hice por la familia, no por él. Cuando acá viene su madre y me pide que dé la orden de que no lo maten; me llaman un general y dos almirantes diciendo que era un hijo de puta y que había que liquidarlo".

Julio agarró a su hermano del hombro. Facundo llevaba su uniforme de oficial pero acababa de decirle que muy a menudo tenía ganas de dejar el Ejército, de mandarlos al carajo a todos. Julio no se atrevió a preguntarle por qué no lo hacía.

-¿Así te dijo ese hipócrita? Y por supuesto no te dio nombres.

-No, ni yo le iba a preguntar.

-¿Y a vos te joden mucho, Chimpa?

-Mirá, vos sabés que a mí ya me tienen como poco confiable desde que los del ERP atacaron la unidad de Azul, y que yo de casualidad estaba de licencia. Después me mandaron un par de meses a Tucumán y ahí sí que ves cómo para los mandos el principal objetivo era aislar a la guerrilla de la población. Eso siempre lo tienen claro. Y ahora, el Tercer Cuerpo es un destino duro; pero bueno, no es el momento ni el lugar para hablarlo... ¿Y vos cómo estás, Julio? Casi no podés caminar...

-Ya me voy a poner mejor. Estoy bien.

Julio tenía las dos piernas muy hinchadas por una flebitis. Lo jodía no poder moverse: era la primera vez en su vida que se pasaba unos meses sin siquiera hacer gimnasia. Y suponía que la flebitis debía ser una reacción por lo que había vivido a mediados de enero. Casi todas las noches soñaba con esos tres días en el Regimiento 7, con la cara de Dardo Cabo sonriendo, con la sonrisa de Horacio Rappaport: estaba claro que lo habían matado en su lugar. Sabía que no era su culpa, y se lo repetía todo el tiempo, pero no podía tolerar el pensamiento de que él había salvado su vida y otro había muerto en su lugar. Trataba de pensar en otras cosas, pero no era fácil: desde su llegada a Sierra Chica, a fines de enero de 1977, Julio estaba completamente aislado, encerrado todo el tiempo en la celda, sin recreo.

ESCENA N°

Para Julio Urien, los días pasaban iguales, espantosos. Salvo esa tarde en que vinieron a buscarlo para decirle que lo estaba esperando el señor juez.

-Urien, cómo le va.

-Marquardt, mucho gusto.

Era curioso que, aún en esos lugares, ciertas formalidades de clase se mantuvieran tan parecidas a sí mismas. El juez Marquardt le dijo que había recibido las denuncias de su familia; Julio empezó a contarle con detalle todo lo que le había pasado durante su secuestro. Marquardt lo escuchó, paciente, durante casi una hora, y al final le dijo que no podía registrar oficialmente su denuncia.

-¿Pero cómo? ¿Por qué?

-Porque tengo miedo. Si llego a hacer algo con su denuncia, tengo miedo de que ellos puedan tomar represalias conmigo, con mi familia. No, no puedo.

Julio volvió a su celda a las puteadas. Y encima esa flebitis que no lo dejaba moverse. La ventana de la celda era muy chica y estaba a cuatro metros de altura. La lamparita era de 25 watts. Por momentos recordaba el olor del pasto de una cancha de rugby, el verde intenso, una corrida de ingoal a ingoal, y se decía que algún día volvería jugar, que seguramente jugaría un partido con Facundo. También se veía en el río, braceando contra la corriente, pataleando con todas sus fuerzas. Así se olvidaba un poco de las piernas hinchadas y se decía que se le iba a pasar más rápido. Que la curación dependía mucho de su moral: si estaba fuerte iba a recuperarse pronto. Y que, cuando lo vieran, sus compañeros iban a estar satisfechos de él. Julio estaba convencido de que todos los montoneros tenían que servirse de ejemplo mutuamente, sobre todo en esas situaciones, sobre todo en manos de sus enemigos.

ESCENA Nº

-Vamos, Urien, con todo, va a pabellón.

Julio no tenía nada que llevar. Los guardias lo escoltaron hasta el pabellón once, donde había mayoría de presos montoneros, y al otro día pudo salir, con muchas dificultades, al recreo. Estaba débil y muy flaco, pero cuando entró en el patio sus compañeros rompieron la disciplina carcelaria que impedía hablar o caminar con más de un preso durante el recreo.

-¡Grande, Almirante...!

-¡Fuerza, loco, fuiste un ejemplo para todos!

Cada palabra de aliento, cada abrazo, eran una bocanada de vida. Todo lo que podían hacer durante el recreo era caminar, de a dos y en el sentido de las agujas del reloj, bajo la mirada atenta de los guardias armados que los vigilaban desde las garitas, sobre los muros. Varios de los presos habían caído en Buenos Aires, como Juan Gullo, Emiliano Costa, el Pampa Alvaro, Eduardo Soares, Carlos Puccio. También estaba el grupo que habían llegado meses atrás de la Cárcel de Encausados de Córdoba: el Negro Juez, Pinina y Curro De Breuil, Boxi Guevara, Sebastián Canizzo.

Juan Gullo recibió a Julio y le explicó el funcionamiento. Además de integrarlo a un ámbito de la organización, tenía que planificar sus charlas de patio: el recreo era el único momento en que los dejaban charlar. Los militantes presos lo aprovechaban para reunirse y, por eso, los encuentros seguían un organigrama cuidadoso. A los pocos días, Julio tuvo que hacer la ronda con el Boxi Guevara.

-En Córdoba no nos mataron a todos porque no pudieron, pero el plan era de exterminio total. Cuando dieron el golpe, los del Ejército se hicieron cargo directamente de la cárcel y entraron dispuestos a matarnos. A un compañero le clavaron un bayonetazo en la espalda, a otro lo tuvieron toda la noche estaqueado, tirándole baldazos de agua fría, hasta que murió...

Julio sabía que Boxi hablaba de los oficiales y suboficiales del Tercer Cuerpo de Ejército. Por su propia experiencia en la Armada, suponía que esos grupos comando funcionaban independientes del resto de sus camaradas. Pero no podía dejar de pensar que su hermano Facundo estaba ahí, que era teniente y que estaba bajo las órdenes de Menéndez. Boxi le contaba a Julio esas historias con una voz serena que escondía mucho dolor, mucha bronca contenida:

-Mirá, Julio, ves ése que va caminando ahí... El petiso, rubio...

-Sí.

-Bueno, es la Pinina De Breuil, es hermano del Curro, que es el que camina allá. A la Pinina lo sacaron una vez con Gustavo, el tercero de los hermanos De Breuil, que estaba con nosotros. Los milicos los encadenaron a los dos, los metieron en un camión y cuando llegaron a un descampado, un oficial, a cara descubierta, les dijo: '¿cara o seca? El que gana pierde y el que pierde la cuenta...'. Ellos no le contestaron y el tipo les asignó la suerte a cada uno, revoleó la moneda y dijo: 'cara'. Sacó la pistola y lo mató a Gustavo. Al rato, trajeron de nuevo a la Pinina De Breuil al pabellón...

-¿Y cómo quedó el compañero, después de eso?

-Mirá, tiene una firmeza y una voluntad impresionantes. Al Curro no lo van a quebrar con nada. Después, con el tiempo, nos dimos cuenta que los tipos tenían que adecuar el plan: como no podían aniquilarnos a todos, querían sembrar el terror, y nosotros nos planteamos que la única manera era resistir, mantener firmes nuestros principios, sin arrastrarnos, sin perder la dignidad, qué mierda...

ESCENA Nº

Cuando Alberto Elizalde se enteró de la complicidad de Marquardt en la desaparición de Gonzalo Carranza, se preocupó por la situación del Galleguito García, que también tenía causa abierta en su juzgado. En

esos días, Marquardt había entrevistado a Pablo Monsegur, la Tonina, un compañero de causa del Gallego.

-Che, Gallego, éste hijo de puta de Marquardt anda husmeando atrás de lo tuyo, ¿no?

-Sí, no me gusta nada. Por las cosas que le preguntó a la Tonina, algo deben saber.

Pablo Monsegur les contó que Marquardt le había preguntado con cierta insistencia si estaba seguro que Jorge García era Jorge García. Así dicho, sonaba amenazante, porque el Galleguito estaba preso con un nombre falso: no era Jorge García -como decía el documento con que lo habían detenido- sino Juan Pettigiani, buscado porque era soldado en el Arsenal de pólvora y explosivos de Villa María, cuando el ERP lo copó, en agosto de 1974. Pettigiani había franqueado la entrada de sus compañeros. Pocos días después, el Galleguito recibió una información procedente del abogado Carsen: el juez Marquardt quería otorgarle la libertad bajo caución juratoria. Cuando se enteró, el Galleguito se las vio negras:

-Esto es una cama. El hijo de puta de Marquardt se lo cargó a Gonzalo hace un mes con la misma fórmula de la libertad. Es evidente que es una cama.

Alberto, que había dejado de fumar, prendió un particulares. Cría que Marquardt tenía otros respaldos:

-El tipo está bancado por la patota del camarón en el gobierno de Saint Jean, que están ligados a Camps y Suárez Mason. Imaginate si el tipo estará bancado que fue el que le dictó la preventiva a Lanusse. ¡A Lanusse!. ¿Sabés el poder que hay que tener en este país para meterse con Lanusse?

Marquardt tuvo en sus manos una causa que sonó mucho en esos meses: el general Alejandro Lanusse, el almirante Pedro Gnavi, el comodoro Carlos Rey y el general José Cáceres Monié fueron acusados por el fiscal Conrado Saadi Masué de "incumplimiento de los deberes del funcionario público" en la contratación de la empresa Aluar como proveedora de aluminio del Estado. Lanusse, Gnavi y Rey conformaron la junta militar que convocó al Gran Acuerdo Nacional y gobernó entre noviembre de 1971 y mayo de 1973; Cáceres Monié fue su ministro de Defensa. La empresa Aluar empezó a producir aluminio a mediados de 1971, gracias a un decreto de excepción con fuerte apoyo fiscal y crediticio del Estado. Entonces el ministerio de Defensa contrató a Aluar como proveedora de insumos a precios que, según Saadi Masué, estaban sobrevaluados. Había un detalle que molestaba a los militares "duros" de 1976 y a sus amigos empresarios: Aluar era propiedad del grupo empresario Gelbard-Madanés. El mismo José Gelbard que estuvo frente al ministerio de Economía durante las administraciones de Cámpora, Lastiri y Perón.

El tema Aluar tenía un trámite lento en la Justicia desde mediados de 1975, y la acusación fiscal no encontraba pruebas contundentes. Sin embargo, dos años después, Marquardt, de un día para otro, dictó prisión preventiva a los cuatro imputados y les mandó patrulleros para que los trasladaran a Tribunales. La actuación de Marquardt provocó revuelo en los mismos sectores de poder: parecía muy poco elegante meter compulsivamente a Lanusse en un ford falcon. La Cámara Federal la revocó de inmediato y los imputados volvieron a sus casas. Todos los observadores coincidieron en ese momento que el fallo de Marquardt tenía otra lectura: los "duros" del Ejército -Suárez Mason, Saint Jean- no sólo se estaban cobrando viejas cuentas -el GAN, las elecciones de 1973, el entendimiento con Gelbard- sino que además querían abortar la pretensión de Lanusse de convertirse en un artífice de una salida pactada con los políticos. Esta segunda advertencia a Lanusse llegó en junio de 1977, mientras se agotaba la primera edición de su libro *Mi testimonio*. La primera había sido indirecta pero más brutal: el secuestro, en abril de 1977, de su íntimo amigo Edgardo Sajón.

ESCENA N°

Alberto, el Galleguito y el Zurdo se pasaron varios recreos discutiendo qué hacer ante la amenaza de Marquardt. Incluso barajaron la idea de que Juan Pettigiani presentara un recurso de amparo reconociendo su verdadera identidad: quizás así tendría más posibilidades de salvarse. Pero el Galleguito pensaba que no funcionaría:

-Mirá, si los tipos lo saben y se la quieren cobrar lo van a hacer lo mismo. Así que deschavarme no tiene sentido.

Alberto se impresionó ante la tranquilidad que mostraba su compañero. Se acordó de una situación del ajedrez que se parecía a su situación: el "zug zwang", cuando un jugador tiene que mover pero cualquier movida que haga lo pierde. Alberto pensó que el Gallego no tenía ninguna jugada buena, pero sí un temple envidiable. Aunque no sirviera para nada, resolvieron que si le ofrecían la caución juratoria como condición para liberarlo, se negara, con lo cual seguiría preso.

Una semana después, cuando ya no había presos en los patios, ni visitas en el penal, cuando ya no se escuchaba música por los altoparlantes, cuando el silencio invadía la cárcel y cada cual estaba encerrado en su celda, Alberto oyó la voz suave del celador, a la altura de la celda de al lado:

-García, con todo.

-La puta madre que los parió.

Murmuró Alberto, y enseguida oyó la voz del Galleguito:

-¿Para qué es, celador?

-No sé, García. Con todo.

No tenía cartas: siendo otro, su familia no podía escribirle. Su esposa estaba clandestina y le mandaba algún mensaje cada tanto. También tenía un tío en el exilio, que era militante y alguna vez le hizo llegar saludos. Metió las zapatillas, los calzoncillos, el calentador en una frazada vieja de la cárcel: sabía que seguramente se lo llevaban a la muerte, pero su única posibilidad era seguir simulando que creía en ese falso traslado.

-¿Le puedo dejar las cosas de cantina al compañero de al lado?

El celador abrió el pasaplatos de Alberto, y el Gallego le dejó un atado de particulares cerrado, un pedazo de queso, *Los siete pilares de la sabiduría* de Lawrence de Arabia y un apretón de manos por un agujero de diez centímetros por treinta. Otros presos que habían escuchado entrecortado empezaron a preguntar qué pasaba. El Galleguito habló fuerte:

-Compañeros, me llevan. ¡Yo me llevo el recuerdo de ustedes! ¡Hasta la victoria siempre, compañeros!

-¡Hasta la victoria siempre, Gallego!

Unos días después, el abogado Carsen supo que el radiograma del juez Marquardt al prefecto Dupuy decía que "el detenido Jorge Roberto García ha sido sobreseído de los cargos en la causa que se tramitó en este juzgado y queda libre de culpa y cargo. El juez ordena la libertad del detenido". Marquardt había obviado la cláusula de la caución juratoria. Ni sus compañeros ni sus familiares supieron nunca más nada sobre el Gallego García, Juan Pettigiani. Cuando desapareció tenía 24 años.

El juez Marquardt tenía 29. Era el juez federal más joven: en sus años de estudiante de Derecho había sido un reconocido militante nazi. En los Tribunales decían que Marquardt siempre elegía como colaboradores a jóvenes de músculos trabajados, con quienes a veces salía en moto a buscar peleas. Otras veces lo acompañaban a recorrer los pabellones de los presos políticos: se sabe que firmó la libertad de varios de ellos para que los grupos de tareas pudieran secuestrarlos y hacerlos desaparecer.

ESCENA Nº

Emiliano Costa era un veterano de Sierra Chica. En esos días compartía la celda con Carlos Puccio, un rubio eléctrico que discutía apasionadamente sobre cualquier tema que se presentara. Los dos eran montoneros y, también, hijos de comederos. Una de sus obsesiones era la lucha contra la chinche: primero pasaban un trapo con querosén por la estructura de hierro de los camastros; después lo quemaban con el calentador y algunos bichos caían achicharrados. Además, jugaban mucho al go: Carlos era imbatible. Emiliano escribía cartas a su hermana y a su cuñado, exiliados en Montevideo, a sus padres, y a Victoria, su hija, que estaba viviendo con ellos. A veces podían llevársela a la visita:

eran los mejores momentos. Cuando Victoria cumplió dos años, Emiliano se pasó horas haciéndole un dibujo sobre cartulina.

-Yo me acuerdo de vos, a vos te decían Boina...

A veces, Emiliano compartía alguna caminata con Julio César Urien.

-A mí también me resultás cara conocida. ¿De dónde puede ser?

-De alguna práctica, también estaba otro que era de la Armada; uno un poco mayor que vos...

-Sí, Carlos Lebrón. Perdió en Tucumán, Carlos...

Emiliano, como muchos otros militantes, le preguntaba por el levantamiento de la ESMA de noviembre de 1972. Y Julio ya lo tenía sistematizado, casi como quien da una conferencia.

-Pero, Almirante, lo que no entiendo es porqué una vez que se retiran los suboficiales con el armamento no se lo pudieron entregar a los compañeros.

-Mirá, yo recién pude hacerme una idea cuando lo trasladaron a Tejerina a la cárcel de Magdalena, donde estaba yo. Tejerina era cabo segundo y, cuando a mí me detienen asume el mando y decide seguir con la operación. Cargaron los camiones y se fueron a la plaza de Lomas de Zamora, que era donde habíamos arreglado para entregar el armamento que nos llevábamos... Pero ahí jugaron dos factores, primero que Tejerina no tenía suficiente conocimiento para saber a quién y cómo entregarlos, por eso fue que se atrincheró en la plaza, y segundo que el tipo que nos pasó a nosotros las citas de la orga para recibir las armas era un infiltrado, un agente de los servicios de la Fuerza Aérea...

-Qué cagada, che....

Los presos montoneros pasaban vueltas y vueltas hablando de acciones militares, comentaban los artículos del *Evita Montonera* que les traían sus familiares en minúsculas copias a mano, y se preparaban para volver a la lucha en un futuro que veían más o menos lejano.

ESCENA N°

Una de esas tardes Julio fue llamado a visita. Cuando llegó a la capilla del penal, entre el tumulto de familiares, vio a su padre. Se abrazaron fuerte.

-¡Viejo, te largaron!

-Sí, hijo, yo les decía que me trajeran con vos, pero no me hicieron caso.

La voz del guardia puso los límites.

-¡Sentarse! ¡Todo el mundo a sentarse!

Cuando los presos y los familiares ya se habían saludado se repetía la misma escena: en una fila de bancos los presos, en la otra, a unos tres metros de distancia, sus familiares. Todos apretados. El diálogo era ensordecedor. Algunos se pasaban largos minutos en silencio, mirándose

a los ojos. Muchas veces los que estaban al lado se turnaban para hablar. Julio vio que su padre tenía la misma expresión de siempre:

-Se te ve muy bien, papá.

-Mirá, Julio, yo estoy bien... A mí me pueden hacer lo que quieran, pero voy a tener siempre la tranquilidad de poder mirar a mis hijos a los ojos. En cambio, éstos que están vendiendo la Nación no tienen vergüenza. Gobiernan porque someten a la gente por el terror, pero no tienen la dignidad ni de contar de qué se valen. Julio, hijo, algún día la historia nos va a pedir cuentas a todos. Ese día llegará, no me cabe duda, no sé si estaré para verlo, pero tengo la tranquilidad de que llegará.

ESCENA N°

-Recién pasé al lado de la salita de los yugas y estaban como autómatas esperando el partido. De refilón vi la tele color; no entendés nada, es impresionante...

-Pará, Puma, ¿vos también? Ya me tienen hartos con fútbol y fútbol y a nosotros hace más de dos años que nos tienen prohibido hasta hacer gimnasia en la celda.

Hacia un año y medio que Alberto Elizalde compartía su celda del pabellón de la muerte de la cárcel de La Plata con el Puma Jáuregui. El domingo 25 de junio de 1978 les había tocado limpieza y el Puma pudo mirar, en la sala de celadores, los preámbulos del partido en la cancha de River. Además, José María Muñoz lo anunciaba por los altoparlantes del penal. Su voz parecía aún más afónica, más impúdica que de costumbre:

-¡Esta es la gran fiesta argentina! ¡Es la gran final que jugamos 24 millones de argentinos!

Y hablaba de los miles de papelitos que caían, y cómo Clemente le había ganado la pulseada. Alberto trataba de ignorarlo, y estaba enfrascado en la lectura de *El Don* de Sholojov: una historia de guerras y cosacos altivos, duros, atados al caballo, al vodka y al sable. Alberto se entusiasmaba y encontraba paralelos: sobre todo en esa decisión de no darse por vencidos aunque Stalin les pasara por encima. El Puma miraba por la ventana al vigilante de una torreta encima del murallón que los separaba de la libertad. El vigilante estaba aferrado a su radio portátil.

-Especial para una fuga.

-¿Qué?

-Están todos en otra cosa. Es la que yo siempre digo, la más clásica, nada más que hoy pueden llegar en camiones disfrazados de hinchas gritando Argentina Argentina, muchas vinchas y bombos, y zás, de afuera me vuelan el paredón, y simultáneamente adentro garantizamos la toma.

-Pará, Puma, dejá de cajetear.

-Ya se, macho, no hay con qué, pero no hay que dejar de soñar. Basta de posibilismo, que ésto se puede, que ésto no. Minga. Ya los vamos a cagar, ellos están confiados, se están relajando.

-Puma, si estuvieran tan confiados no hubieran sacado compañeros de rehenes, no hubieran amenazado familiares.

Los primeros días de junio de 1978 habían sacado presos de varias cárceles. Además, a los familiares de presos los amenazaron más que de costumbre. Casi como en el 76. Por esos días, oficiales de civil habían ido a entrevistar a jefes montoneros y del ERP presos. Y les hicieron entender que, si sus organizaciones intentaban cualquier cosa durante el Mundial, primero pagarían los rehenes y después sus familiares.

ESCENA N°

-¡Empezó el partido! Toca la pelota el gran capitán, se la pasa a Ardiles...

La Argentina formaba con Fillol; Olguín, Galván, Passarella y Tarantini; Ardiles, Gallego y Kempes; Bertoni, Luque y Ortiz. En los pabellones de presos comunes de la U9 de La Plata empezaron a golpear sus platos de aluminio, y los pabellones de políticos se contagiaron. El Puma se asomó a la ventana.

-¡Paren con la jarreada, loco! ¡Parecen lúmpenes!

Alberto Elizalde seguía sentado en la cama. Los cosacos estaban diezmados, ya no eran tropas de caballería disciplinadas sino guerrillas dispersas en la llanura a las que el Ejército Rojo iba capturando y aniquilando en grupos. Iván, el personaje central, había sobrevivido y escapado a cien emboscadas, y cuando supo que se acercaban las tropas soviéticas, mandó a los suyos que tumbaran los caballos entre los juncos. No eran más de diez cosacos. Detrás tenían la orilla del Don. No había escape. Por delante se iba cerrando el cerco de soldados con cascos brillantes y fusiles con bayoneta calada. Iván le pidió a otro de los cosacos que sacara su balalaica y empezara a tocar. Los demás empezaron a batir palmas. Iván se agachó y revoléo las piernas en el baile de siempre; otros se le agregaron. Los caballos se levantaron y empezaron a pastar. Las tropas soviéticas cerraban el círculo. Alberto sabía que se terminaba la novela y quería saborearla. Sabía que era apenas una novela. No quería decirle al Puma que éso era morir en su ley. Era muy cursi, pero le gustaba. Además, no quería escuchar el partido.

ESCENA N°

Emiliano Costa y Julio Urien no eran fanáticos del fútbol pero querían saber qué pasaba con la final y les indignaba que a los de su pabellón ni siquiera les hubieran conectado los parlantes del penal de Sierra Chica. El régimen carcelario contemplaba tres tratamientos distintos: los

recuperables, los medianamente recuperables y los no recuperables. Para los no recuperables, como Julio y Emiliano, ni fútbol por parlante. Pero Emiliano se trepaba a la ventana de su celda, a tres metros de altura, ponía la oreja cerca de alguno de los agujeros del chapón de una pulgada que estaba detrás de las rejas y escuchaba lejana, casi incomprensible, la voz del gordo Muñoz llegada desde algún pabellón de recuperables.

-Si Argentina hace un gol, el relator va a gritarlo fuerte y además, lo van a gritar los presos.

-¡Gooooo!!! ¡Gol, carajo, gol! ¡Ahora que nos aguanten estos holandeses y la puta que los parió!

Era el minuto 37 del primer tiempo, y Mario Kempes acababa de poner el uno a cero.

Una cosa era estar en contra de ese Mundial de la dictadura y otra no querer que la Argentina ganara su primer campeonato del mundo. Que eso era algo que habían querido desde chicos, y que un milico hijo de puta en el gobierno no los iba a privar de ese placer. Y que, de todas formas, estaban muy satisfechos con el resultado de su campaña: que, gracias a ella, gracias al Mundial, mucha más gente en Europa sabía qué estaba pasando en la Argentina.

A los 38 minutos del segundo tiempo, el holandés Nanninga había empatado el partido y forzado un suplementario. Los jugadores argentinos estaban cansados por el esfuerzo y golpeados por ese gol: no estaba claro que pudieran sobreponerse y, de pronto, todo parecía a punto de zozobrar.

-Bueno, no está mal. Así los milicos van a tener que bancarse la derrota, la gente se va a calentar, se les van a ir al humo...

-¡Pero por qué no te vas a la reputa que te parió, lechuza!

ESCENA N°

-Va a tirar Passarella, pide pelota larga Houseman a la izquierda para Bertoni... ¡Vamos, Argentina! ¿Dónde está ese público? Bertoni enganchó bien hacia adentro... Da para Kempes... Se metió en el área, peligro de gol, va a tirar, salió el arquero, entra... ¡Gol, gol, gol, gol, gol, gol, gol, gol, gooooooooooooooooooool, gooooooooooooooooooool de Argentina! ¡Kempes! ¡Goooooooooooooooooool argentino, Kempes, de guapo! ¡Kempes goleador del Mundial de guapo se llevó la pelota y Argentina dos Holanda uno, catorce minutos, está por terminar el primer período suplementario y tembló el estadio Monumental, se estremecieron las tribunas, se abraza la gente!

Alberto Elizalde contuvo el salto y se cebó el primer mate. Tenía el mismo mate negro que le había entrado Delia, su madre, un año y medio atrás y, aunque la acidez lo estaba matando, seguía tomándolo amargo.

ESCENA N°

Julio Urien, en Sierra Chica, escuchó el grito de gol y descontó que sería argentino. No estaba seguro, pero la parecía que debía ser el segundo. El problema era que no podía saber si los holandeses habrían hecho alguno.

Al rato, Julio escuchó un mensaje por morse carcelero: "Argentina campeón, pasalo". Entonces agarró la birome y golpeó la pared que daba a la celda de Emiliano.